

te del sur, habidas de indios por los soldados del fuerte de la Concepcion. Fué al examen de ellas D. Bartolomé Colón con una quadrilla de gente armada y algunos mineros. En la Concepcion tomó guías del país, y caminando al mediodia atravesó la cordillera, luego la vega y lomas que dicen del Bonaó, hasta dar en el Hayna, rio caudaloso que desagua en la costa meridional engrosado con otros muchos riachuelos y arroyos. Por todos ellos se vieron muestras de oro, pero muy pingües y ricas en la ribera occidental del Hayna como á ocho leguas de su boca y quarenta y cinco de la Isabela. Hechas catas en distintos lugares por término de seis millas, se hallaron muchos granos de buen tamaño; lo que no sucedia en Cibao, donde por lo comun era el oro menudo. La tierra estaba generalmente mezclada con el metal, en tanta copia que se estimó podria cada jornalero sacar al dia tres dracmas con moderado trabajo. Viéronse indicios de excavaciones profundas á manera de pozos antiguos. Presumió el almirante si serian estas las minas de donde las armadas de Salomón conducian el oro que sirvió para el famoso templo, y enriqueció el erario de aquel monarca. Cuya imaginacion ha dado motivo á varias opiniones improbables y aun ridículas sobre el sitio de la region de Ofir. El acalorado

descubridor merece indulgencia, ya por la novedad de las cosas, ya por las escasas luces geográficas del siglo, ya por el deseo de hallar maravillas para granjearse créditos en la corte.

37 Pero mas que las especiosas conjeturas habia de servirle la esperanza cierta de que las poblaciones y navegaciones del Nuevo-mundo acarrearían al estado prontas ventajas. No como en estos primeros años que el gasto excedia sin comparacion al provecho. Que era el principal fundamento de sus adversarios. Conociéndolo el almirante juntó el oro que pudo recoger del despojo de Caonabó, de Guacanagarí y demas caciques é indios tributarios, que por todo serian apenas docientas onzas, con el adquirido en la expedicion del Hayna. En la qual, fuera de las indicadas muestras, escribe Pedro Martir que se hubo un grano de oro de veinte onzas, y un pedazo de metal semejante al de campanas, que pesaba sobre seis arrobas, hallado en el atrio de cierto cacique, donde se dijo estar desde el tiempo de sus mayores. Pudo ser especie de cobre como latón ó azofar. Martir lo califica de electro puro, como decian al oro franco en que hay una quinta parte de plata; añadiendo que los indios manifestaron la mina donde creían haberse sacado antiguamente este metal, ya ciega y derrum-



bada. Si bien costó dificultad el adquirir la noticia, porque los naturales, oprimidos y vejados de los extranjeros, rehusaban declararles cosa en su beneficio. Antes quisieran exterminarlos de la isla; y para lograr su deseo se cree que de intento dejaron de sembrar y cultivar el maíz, la yuca y las raíces, que eran sus alimentos usuales, y aun de los españoles, que con la necesidad se habían acostumbrado á los comestibles de la tierra. Comenzó á sentirse la falta de ellos en la jornada de Bartolomé Colón; y el temor del hambre fiera que amenazaba no pudo menos de aumentar el número de los descontentos, y el ansia general por volver á España. Esto, con las incessantes molestias de Aguado, multiplicaba los cuidados del almirante: quien sin embargo prosiguió con actividad en sus disposiciones para dejar en orden la colonia y acelerar su partida. Nombró teniente general de gobernador con título de adelantado á su hermano D. Bartolomé, encargándole con especialidad construir una fortaleza sobre el rio Hayna, y establecer el beneficio de aquellas minas.

38 Acabada la nueva caravela, que se llamó santa Cruz, pertrechadas ambas, y hechas las provisiones convenientes, se embarcó el dia 10 de Marzo de 1496. Llevó docientos veinte y cinco españo-

les, y treinta indios, entre ellos á Caonabó, que murió en el camino, á un hermano, un hijo y un sobrino del mismo cacique. Aun no se conocia la necesidad de gobernar á norte para encontrar los oestes que favorecen la venida. Por esto habiéndose tomado la via recta de oriente, se navegó con indecible fatiga luchando de continuo con vientos contrarios. El 6 de Abril, viéndose el almirante todavia en los mares de las islas, cansada la tripulacion y consumidas en gran parte las vituallas, resolvió arribar á la Guadalupe. Aportó en ella el 10. Una multitud de flecheros intentan impedir el desembarco, pero amedrentados con los tiros de artillería huyen lejos de sus viviendas y posesiones. Los nuestros entran y disponen de todo á su arbitrio. Su primer cuidado fué, hacer cantidad de cazabe. Algunos internándose en el país tomaron diez mugeres, en que parecieron varias qualidades de las que se leen de las supuestas Amazonas. Y por tales las tuvo el almirante, falsamente persuadido por sus expresiones y señas, que vivian solas en la isla, y no admitian hombres sino á tiempos determinados. Eran de singular denuedo y robustez; gruesas por extremo, y sin embargo agilísimas. La principal de las diez presas, acosada de un isleño de Canarias muy veloz é intrépido, se escapara sin



duda, á no confiar sobrado en sus fuerzas: pues como le vió solo, se le abalanzó, dió con él en tierra, y ahogárale si no acudieran pronto los compañeros. Esta quedó en las naves de su voluntad con una hija suya, al parecer por amor de Caonabó, que decían ser de origen caribe. Las restantes se enviaron á tierra agasajadas con dádivas, á fin de que publicasen la bondad de los españoles en una isla que se consideró escala conveniente para la navegacion.

39 Ya que se hubo acopiado un buen suplemento de cazabe, y tomado agua y leña, diéronse las velas el dia 20. Continuó la errada derrota, ordinariamente por los veinte y dos grados, con calmas, vientos contrarios ó poco favorables. Mas de un mes costó el llegar al meridiano de las Azores. Y lo conoció el almirante por observar algunas de las agujas fijas en la direccion norte sur. Menos doctos y atentos los demas hombres de mar ignoraban donde estuviesen. Ya por esto, ya por escasear los bastimentos, tanto que fué preciso limitar á seis onzas de pan la racion diaria de cada persona, estaba la gente sumamente angustiada. Fué creciendo la turbacion y el miedo de morir de hambre hasta los mayores extremos. El 7 de Junio llegó á tal punto, que algunos desesperados trataron de comerse los indios, ó de echarlos al mar.

Contuvo el almirante semejante fiereza, y plugo á Dios que el siguiente dia viese la suspirada tierra. Avistóla no lejos del cabo de S. Vicente, y aportó á Cadiz el 11 próximo.